

De cómo tomé la decisión de utilizar el diccionario

Iñaki Ugarteburu

Departamento de Filología Vasca, Facultad de Medicina, Universidad del País Vasco, Lejona (España)

«*Pastillas* las de café y leche, de Viuda de Solano, en Logroño». Así sonó la voz de trueno del catedrático de Farmacología, en aquella época en que los catedráticos todavía impartían su enseñanza magistral y hacían gala de su omnisciencia (acepción primera del RAE: 1. f. Conocimiento de todas las cosas reales y posibles, atributo exclusivo de Dios) a lo largo de todo el curso. En efecto, puestos a pensar era evidente que ni comprimidos, ni cápsulas ni otros preparados farmacológicos sólidos estaban compuestos de *pasta*. Y aquel sonrojo colectivo puso fin, en mi caso, a un largo proceso mediante el cual pude ir adquiriendo conciencia de los hechos de lengua en el ámbito del léxico. Entonces comencé a ordenar en mi mente los conceptos de analogía, generalización, sinonimia, nivel de lengua, metátesis y otros muchos que despertaron la curiosidad ingenua de un estudiante de medicina.

Pero la historia había comenzado mucho antes, pues hubo palabras cuyo oscuro significado aprendí en la más *tierna* infancia. Después de una guerra y una hambruna, la de la década del 41 (al menos por lo que deduzco de la vivencia de quienes conocieron el 41 en España, pienso que aquel año fatídico debió de durar al menos una década), los niños que nacimos en el cincuenta y tantos no podíamos ser sino *tiernos* infantes. Este hecho es aún más patente en mi caso, tercero de cuatro hijos que convivíamos bajo el mismo techo y el más rollizo de ellos. Según he oído contar, desperató un día nuestra madre en medio de un sudor y una desazón como pocas, pues había soñado que

la despensa (aquel hueco debajo de la escalera de la casa, donde nuestra abuela colocaba los cepos para poder después demostrarnos la técnica de escaldar ratones) estaba vacía; y ante la trágica tesitura de no tener qué llevarse a la boca decidieron sacrificar a uno de los vástagos: precisamente al más rollizo. Desde el día en que escuché a mi madre contar cómo asomaba mi cabecita por el extremo del puchero puesto al fuego comprendí el inequívoco significado del término *tierno* aplicado a los niños. Años después, cuando las películas de Car Cable (pronúnciese a la española como entonces solía hacerse en muchos pueblos) fueron haciendo un pequeño hueco a algunas de nuevo estilo como «El cebo», no podía evitar sentirme identificado con aquella niña sola en el bosque esperando al sádico asesino. ¿Cómo iba a olvidarlo yo, que había sido el descomunal tropiezo de una sopa no menos sádica en aquella época gris y monótona?

A la conciencia de cuestiones semánticas se unió pronto mi primera lección de dialectología y uso de la lengua, cuando en una clase de biología de aquel bachillerato que entonces comenzábamos con once años (¡qué listos éramos y qué poco nos ha lucido!) discutimos hasta la saciedad con un profesor de genio vivo y mano pronta (pronta a sacar el arma corta que siempre llevaba y de la que hacía gala ostentadamente delante de aquella especie de pequeños extraterrestres que le mirábamos con los ojos casi salidos de sus órbitas) sobre el nivel de dificultad del último examen. «Un *chollo*, el examen ha sido un *chollo*» le decíamos, y le exigíamos, al mismo tiempo, que nos pusiera exámenes más fáciles. «¡Pues eso!» nos respondía, y se reía. Pero a nosotros el *chollo* (palabra exótica donde las haya) nos sonaba a embrollo y el nivel de dificultad de los exámenes variaba entre los *tirados* (todavía no se había extendido la actual afición de lamerlos, pues nunca estaban *chupados*) y los *jodidos*, y entre estos últimos el mayor grado de dificultad lo presentaba el examen *chollo*, habitualmente tan críptico como el mismo término que lo designaba.

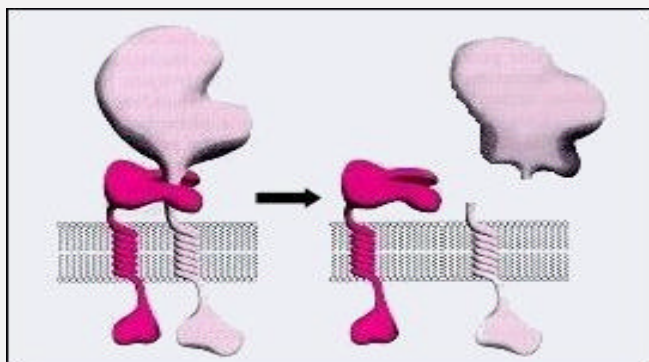
En verano todo el pueblo esperaba la llegada del día en que se celebraba una de las pocas fies-

tas de moros y cristianos del País Vasco, aquella en que se conmemora la victoria de los valientes anzolanos que derrotaron a los moros en Valdejunquera. El discurso era proverbial, leído «línea a línea» a lomos de caballo; y era en la palabra *vivos* donde terminaba una de las líneas, por lo que los congregados en la plaza escuchaban con poco asombro y bastante regocijo que «el campo estaba lleno de *cadáveres vivos*», y tras una pausa (cambio de línea): «...recuerdos de aquella gesta inolvidable». Claro que si en aquella lectura, que se repetía año tras año, se hubiera reparado en la coma que seguía a «cadáveres», el resultado de la lectura no habría sido tan sorprendente.

Recuerdo también que aquel mismo año conocí el Oráculo en boca de un lugareño en las calles de Panticosa. Tan sólo le preguntamos por una farmacia pero fuimos incapaces de descifrar la respuesta, que el hombre nos repetía una y otra vez, quizá por algún mecanismo de transferencia a pesar de no tener nosotros problemas de sordera: «Después del *vente* a la derecha, después del *vente* a la derecha». La respuesta nos resultó obvia cuando al alcanzar el cruce de calles vimos una señal de prohibición de circular a más de veinte kilómetros por hora. Efectivamente, allí a la derecha estaba la farmacia, en el número «ventitantos» de aquella calle.

Así fuimos aprendiendo el concepto de sinonimia cuando íbamos a la farmacia (en la época en que las farmacias eran farmacias) en busca de formol rebajado con el que tratar la excesiva sudoración en las *axilas* o *sobacos* o *no-sé-qué*. Y conocimos la existencia de metátesis y anticipación en las larguísimas discusiones de preadolescentes en las que nunca acabábamos (ni nos importaba) de dilucidar si debía decirse *petril* o *prettil*. O en las sesudas sesiones de análisis en las que alguien proponía alguna solución para el incierto y oscuro significado del término *porfía*, con el que todos los meses de mayo nos acercábamos a la Virgen, *con flores a porfía... que madre nuestra es*.

Pero fue tras aquel sonrojo colectivo de las *pastillas* en clase de «farma» cuando decidí utilizar sería y asiduamente el diccionario. Y así fui dándome cuenta, poco a poco, de que había muchos médicos que lo utilizaban, y que utilizaban todas aquellas palabras para escribir y crear. Y me di cuenta de que Baroja y Garate eran médicos (ya me lo habían contado, claro, pero curiosamente no presté gran atención a esa cuestión). Pero esa es otra historia... Además, ahora el diccionario es una herramienta que va perdiendo utilidad: hoy en día los médicos ya lo saben todo, y aunque hay algunos que escriben, ciertamente tienen más éxito los que se dedican a las nobles artes de la canción, la ventriloquia... *Requiescat in pace*.



<http://www.bmb.leeds.ac.uk/staff/nmh/project1.html>

Palabra e Imagen (protein) stalk (region)

Luis Pestana

OPS/OMS, Washington, D.C.

Contexto: «The cleavage of a protein by a secretase generally occurs close to the extracellular face of the membrane in a **stalk** region between the membrane-spanning domain and the extracellular domain.»

[<http://www.bmb.leeds.ac.uk/staff/nmh/project1.html>]

Propuesta de traducción: (región del) «tallo» (de la proteína)